

100 años después...

## Los mineros de Potosí mirándose en Gerstmann

Pascale Absi

- *Nuevo es eso pues. De nosotros era más original. Majábamos peña con martillo y punta... Yo ya no estaba trabajando [en la mina] cuando han llegado esas máquinas...*
- *¿De qué año cree que son estas fotos?*
- *Este debe ser en el [19]80...*, responde don Julio, 69 años recién cumplidos como jubilado de una cooperativa minera, mientras hojea el álbum colocado sobre sus rodillas.

Los mineros de Potosí se pasean por las fotografías de Gerstmann como por su casa. Sus ojos recorren los callejones paso a paso, rememoran un atajo por la forma de los rieles, pesan el contenido de los carros metaleros, identifican con certeza la meta de los perforistas cuando les pilló la cámara. Lo que les confunde son las fechas, no los lugares, ni los procesos de trabajo. Eso se debe a que, a lo largo del siglo XX, la industria minera de Bolivia ha articulado dos formas de trabajo, distintas pero complementarias, que impiden interpretar su historia a partir de una línea de tiempo orientada por el progreso tecnológico.

Una de estas formas es la moderna configuración industrial traída de Europa y de Norte América, con su tecnología de punta, sus obreros estables, sus ingenieros profesionales, una producción mecanizada y planificada. Aquella que sus orgullosos dueños encomendaron a Gerstmann exaltar con su cámara. La otra repite formas de producción más artesanales, consolidadas en las minas del siglo pasado. Inclusive en las modernas explotaciones de Moritz Hochschild, al lado de la red de motores, hombres y mujeres seguían moliendo y seleccionando a mano el estaño. Otros trabajaban a pulso con su combo y su barreno en minas marginales, o reciclando en desmontes los desechos mineralizados. Muchos son trabajadores a contrato o a partición cuya relación con la empresa es menos formal que aquella de los obreros asalariados. Este mundo artesanal es también aquel de los llameros y muleros, quienes en la era del ferrocarril y de los andariveles transportaban combustible y parte del mineral a lomo de animales. Sin embargo, lejos de ser un residuo anacrónico, un universo paralelo, este mundo fue un protagonista estructural del desarrollo de la minería moderna. Más aun, fue imprescindible para el despegue industrial de Bolivia.



Difel Terrazas.



Mineros de la mina Caracoles, comentando las fotografías, 2014.

Al permitir sacar provecho de yacimientos poco rentables, cuando explotar mano de obra barata era más beneficioso que invertir y mecanizar las tareas, el trabajo manual contribuyó grandemente a los volúmenes de producción que transformaron a los grandes mineros en “barones del estaño”. Tanto como en la eficiencia de sus máquinas y en la forma de organizar el trabajo, el poder de la minería de los años 1920-1930 radicó en su capacidad de articular formas de producción distintas para lograr la mayor productividad posible. La fuerza del testimonio fotográfico de Gerstmann reside en haber sacado a la luz lo que solía quedar en los ángulos ciegos de la vitrina moderna que Bolivia y sus empresarios deseaban entonces proyectar al mundo. Por supuesto, fueron las instalaciones más modernas y no las mujeres agachadas sobre sus yunques de piedra, fotografiadas en la misma época por Gerstmann, las que se admiran en el álbum del centenario de la Independencia editado por el gobierno boliviano en 1925.<sup>1</sup>

La cámara de Gerstmann logró entonces capturar la complejidad de un mundo productivo que conjugaba, y sigue conjugando, formas de trabajo que impiden hacer coincidir lo contemporáneo con lo moderno. En eso, la historia de la minería en Bolivia tiene algo en común con la obra de Gerstmann: ambas traen al presente rasgos que se piensa pertenecen al pasado y al olvido. El tiempo interrumpido de las fotos vuelve visible el estancamiento, a veces el resurgimiento, de ciertos aspectos de la minería. La coexistencia de una pluralidad de tiempos caracteriza a la vez el hecho fotográfico –la distancia temporal entre la toma y el observador– y el contenido documental de las fotografías.

Esta capacidad de la fotografía de hacer presente el pasado o, en palabras de Roland Barthes,<sup>2</sup> de hacer “advenir el pasado”, tiene una resonancia particular para los mineros de hoy que lo pueden identificar como suyo. ¿Qué ven ellos en estas fotos? ¿Qué eco particular tienen para quienes perciben en ellas algo de sí mismos? ¿Cómo se encuentran las intenciones del fotógrafo con la percepción de los mineros sobre el pasado? ¿Qué les cuenta de la historia minera de Bolivia y de su lugar en ella?

La idea de partida de esta contribución fue utilizar las fotografías de Gerstmann para provocar la memoria de mineros y ex mineros, entre ellos antiguos trabajadores de Hochschild. Más allá de movilizar sus recuerdos para completar el panorama que ofrecen otras fuentes históricas, esperaba recoger expresiones fragmentarias de cómo trabaja la memoria de los mineros actuales sobre la época de Gerstmann en Bolivia,<sup>3</sup> incluyendo la memoria de jóvenes de generaciones muy posteriores a sus dos visitas a Potosí (1925 y 1936). ¿Entre todo lo que muestran las fotos de Gerstmann, qué hace sentido para pensar el pasado desde el presente? Para entenderlo, he pegado en un álbum las tomas de Potosí y de algunos otros centros mineros<sup>4</sup> y las he regresado a las minas del Cerro Rico. Los

1 Françoise Martinez, “Monumentos de papel. Las obras conmemorativas publicadas en México y Bolivia en el primer Centenario de su independencia”, *Revista boliviana de investigación* 10: 47-67, 2013.

2 R. Barthes, *La cámara lucida. Notas sobre la fotografía*, Paidós, 1995.

3 Para una reflexión sobre el uso y del alcance de la historia oral en el contexto de América Latina en los años 1940, se puede referir a Daniel James, *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires, Manantial. 2004.



trabajadores son en la actualidad todos cooperativistas; hace ya más de 20 años que la mina estatal cerró sus puertas. He llevado también las fotografías a las federaciones de rentistas mineros. En torno a un mismo patio de la calle Junín, los jubilados de la Comibol, los de las cooperativas y los de la minería privada tienen cada uno sus oficinas.

La minería no tiene piedad para los cuerpos. Cuando no mata en un abrir y cerrar de ojos, come desde adentro los pulmones de los trabajadores y los jubilados suelen ser mucho más jóvenes en la minería, –la mayoría tiene entre 45 y 65 años– que en otras ramas de actividad. Los que siendo muy niños cruzaron el camino de Gerstmann durante su primer viaje en 1925, tendrían hoy más de 90 años. Se deben contar con los dedos de la mano en la ciudad de Potosí. Por seguro, ninguno ha trabajado interior mina. Es también probable que ninguno de los trabajadores que han presenciado su segunda visita, en 1936 –nacidos en 1920 o antes– estén todavía de este mundo. Entre mis interlocutores más viejos –nacidos entre 1925 y 1935 y que han empezado a trabajar muy jovencitos, en los años 40, para Hochschild– sólo se encuentran mujeres y hombres que han trabajado mayormente en el exterior mina; los perforistas y los carreros ya murieron hace rato.

A pesar del ajetreo que precede la entrada en la mina, el tiempo se suspendía al abrir el álbum y el *accullicu* (momento de hacer un bolo de coca para las próximas 3 o 4 horas) se prolongaba en la cancha mina. En las oficinas de los rentistas, se postergaba la atención y todos se acercaban para dar su opinión. Quizás porque tenían tiempo, seguramente porque era tiempo de recordar, los ancianos, que aceptaron algo tímidos mi propuesta de visitarles, se volvieron testigos incansables. Cuando estaban presentes, sus hijos nos ubicaban en el lugar más cómodo de la casa donde nos atendían con café y panes, visiblemente agradados de que una extranjera se interesara en las “batallas del abuelo” que algunos de ellos se habían quizás cansado de escuchar. En total entrevisté (al menos durante una hora con grabadora) a unas 20 personas entre hombres y mujeres; el doble comentó el álbum de manera menos formal, en la mina o en las oficinas.

De esos encuentros surgieron los fragmentos de testimonios que acompañan ciertas fotos del presente libro. Los seleccioné por su fuerza expresiva. Me sedujeron los comentarios que no describían el contenido objetivo de las fotos, los que daban un paso al costado hacia la apropiación subjetiva de las imágenes; un fuera de foco donde la fotografía desempeña su rol de instrumento de (re)construcción de la memoria. Lo que sigue a continuación es un ensayo de contextualización de estos testimonios y de los principales anclajes que encontró el juego discursivo entre el presente y el pasado en la obra de Gerstmann.

---

4 Elegí unas 100 fotos de Potosí y una docena de Pulacayo y Oruro, cuando permitían mostrar pedazos de realidad ausentes del corpus potosino.

## Una mirada anclada en trayectorias laborales

El impacto de las fotos de Gerstmann no sólo depende de la edad de sus observadores sino también de su puesto de trabajo (en la mina, en el ingenio, en los talleres, en tareas administrativas...) y de su posición en las relaciones de producción. El dualismo entre obreros y empleados inmersos en las ramas más modernizadas de la producción, y los trabajadores a contrato del sector artesanal llegó a generar algo como dos linajes. Con la nacionalización, gran parte de los obreros estables de Hochschild pasaron a ser asalariados de la mina del Estado. Mientras, los mineros a partición (*q'aqchas*) y los contratistas formaron las primeras cooperativas alquilando las minas al Estado. Estas acogieron asimismo a los trabajadores (generalmente también contratistas) de las pequeñas minas privadas que, hasta la caída del estaño, sobrevivieron a la nacionalización, incluyendo a las explotaciones en veneros de Luis Soux que no fueron absorbidas por la CMUCP. Los hijos de unos y de otros siguieron el camino de sus padres generando un *ethos* propio a cada uno de los sectores, estatal y cooperativa.<sup>5</sup>

Hasta su cierre, la Comibol, como antes Soux y Hochschild, siguió reservando sus bocaminas marginales, sus desmontes y sus veneros a contratistas y *q'aqchas*. Hasta bien entrada la década de los años 1990 los cooperativistas, que se siguen identificando como *q'aqchas*, trabajaron a pulso en el interior mina y concentraron el estaño por gravedad en ingenios rudimentarios, con métodos y gestos semejantes a los que ejecutaban los trabajadores manuales fotografiados por Gerstmann. Es también en las explotaciones de los contratistas que se encontraban, y se sigue encontrando, *palliris*. Las mujeres han sido rápidamente alejadas de la empresa de Estado, limitándose a la fabricación de tacos de cerámica para calzar la dinamita. Para esta categoría de trabajadores/as, el sector artesanal que resucita la obra de Gerstmann no tiene secretos, incluyendo aquellos que no han conocido la época de los patrones. Esta memoria escapa en gran parte a los mineros de Comibol, aún a los más antiguos. En cambio, ellos se ubican perfectamente en el universo de las perforaciones modernas, en la compleja maquinaria de los ingenios, el mundo de los talleres y de los ingenieros. Es que ellos heredaron de primera mano la tecnología de los patrones: Comibol nació y murió con la maquinaria que Gerstmann fotografió. Sus ex-operadores exaltan el poder ordenador de las máquinas, recordando el tiempo de una mina disciplinada que les hizo protagonistas del progreso. Su mirada es tan precisa como la relojería empresarial. "El andarivel, tardaba una hora y media en girar completo. 60 baldes: 30 de subida, 30 de bajada. Con una diferencia de uno o dos minutos" explica Jacinto Ávila, ex-trabajador de la Comibol. El orgullo se hacía palpable cuando resaltaban la intransigencia de la empresa frente a la falta de productividad y a los retrasos. Terminé por asumir la puntualidad de los trabajadores de la ex-empresa a nuestras citas como un testimonio del disciplinamiento obrero. Muchos de ellos adquirieron su primer reloj en la pulpería de Hochschild.

Los obreros de Hochschild, como aquellos de la Comibol, han experimentado también una mayor división del trabajo que los contratistas del estaño, quienes manejan toda la cadena productiva desde la localización de las vetas y la preparación del paraje hasta la explotación, el transporte, la primera selección y la concentración. Es por ello que un solo interlocutor de este sector podía comentar gran parte del proceso expuesto en las fotos de Gerstmann. Al ver las fotos, los cooperativistas que han trabajado antes de los años 1990, se presentaron como los depositarios de este saber hacer, donde el cuerpo laborioso era el principal motor de la producción, y la producción el único motivo del pago. Lo contrastaron con la supuesta facilidad del trabajo mecanizado en la Comibol: rapidez de

---

5 Pascale Absi, *Los ministros del diablo. El trabajo y sus representaciones en las minas de Potosí*. IRD/IFEA/Embajada de Francia/PIEB, Plural, La Paz, 2005.

ejecución, mayores condiciones de seguridad, pago al avance y no al mineral explotado, asesoramiento técnico en vez de asumir personalmente los riesgos. Ver a los ingenieros fotografiados con sus planos y teodolitos suscitó innumerables comentarios sobre la capacidad de los *q'aqchas* de intuir empíricamente, sin apoyo técnico, la localización de las vetas. Hasta un ruido aparentemente salido de su estómago podía indicar al minero la proximidad del mineral, reflejando una unión orgánica entre los trabajadores artesanales y la mina.<sup>6</sup>

Durante años, los mineros del Estado encarnaron el progreso político, productivo y social de Bolivia. Para ellos, las fotos de los perforistas a pulso o los hombres y mujeres que seleccionan el mineral a mano simbolizaban los desvaríos del cooperativismo, su arcaísmo, su irracionalismo, su individualismo, que ellos oponen al surgimiento de una industria moderna, provechosa tanto para el país como para los trabajadores así como a la existencia de un proletariado sindicalizado portador de un proyecto de sociedad. Mientras los mineros cooperativistas acusan a sus pares de la Comibol de haber fundido la empresa nacional, y la herencia de los patrones, con sus beneficios (sueldo independiente de la producción –o sea, según los cooperativistas, del esfuerzo–, horarios, seguro social, pulpería subvencionada, sus robos, la ineptitud y la corrupción de sus administrativos.<sup>7</sup> “Al caso es del gobierno” sigue siendo una expresión corriente entre los *q'aqchas* para significar que alguien está desperdiciando algo. Es cierto también que las indemnizaciones vertidas a los dueños de las minas nacionalizadas y a sus trabajadores descapitalizaron la empresa del Estado, en un momento en el que la caída del precio del estaño y el agotamiento de los yacimientos requerían grandes inversiones. Alarmados por los signos precursores de la revolución, hacía rato que los grandes patrones ya no preparaban el futuro de sus minas.

Más allá de las discrepancias ideológicas alimentadas por la posición de cada sector ante los patrones y el Estado, no hay que olvidar su feroz competencia por los parajes. Eso debido a la legislación colonial, todavía vigente en el Cerro Rico de Potosí, que otorga concesiones por bocaminas en vez de hacerlo por superficie. Durante décadas, los trabajadores de Soux y Hochschild se han enfrentado a sus pares de las minas vecinas en verdaderas batallas campales subterráneas con su letanía de muertes y heridos.<sup>8</sup> Para los *q'aqchas* vueltos cooperativistas, la pelea no terminó sino hasta adueñarse de todo el Cerro, incluyendo la mina Pailaviri y el ingenio Velarde, los complejos productivos emblemáticos de la empresa de Hochschild y luego de la Comibol. Eso fue en los años 2000, después de mucha pulseada. “Nos avanzamos un callejón y había que sostener este callejón entre la vida y la muerte, porque venían los de la Comibol, nos bombeaban [con dinamita]. Los que se salvaban, se salvaban, y el que no, no” cuenta Víctor Alcaraz, quien arrebató de esta manera un nuevo socavón para su cooperativa: “la bocamina de arriba, es mi conquista, la de abajo, de mi hijo, eso me lo llevo a la tumba”. Recién entonces los cooperativistas emprendieron un proceso de mecanización, adoptando también, varias décadas después que los obreros, cascos y lámparas eléctricas. La aparición de nuevos ingenios mecanizados privados (capaces de tratar el mineral en bruto) con la supresión del monopolio del Banco Minero estatal<sup>9</sup> sobre el comercio de minerales así como el abandono de la producción de estaño suprimieron gran parte de la selección a mano. Redujeron también drásticamente el número de *palliris*, hoy confinadas a recuperar mineral en los desechos de la explotación masculina.

La memoria de los mineros de hoy es trabajada por el presente. No puede ser de otro modo. Al traer a la vista el tiempo de antes, las fotos de Gerstmann actualizan las potencialidades del pasado y las promesas cumplidas y, más



Víctor Alcaraz y Andrea.

6 Ver comentario de Cleddy León a la fotografía Álbum 4, 50-1, Potosí, 1936.

7 Ver comentarios de Víctor Alcaraz y Francisca González a la foto Caja 11, B 899, Oruro, 1925.

8 Los archivos de la Compañía Minera de Potosí conservados en la Facultad de Minería de la Universidad Tomas Frías (Potosí) presentan innumerables ejemplos de denuncias y pleitos que evidencian la violencia de los enfrentamientos para los años 1920.

9 Ver el artículo de Carlos Tenorio en esta obra.

generalmente postergadas, de la minería boliviana. Todos los obreros con quienes he hablado han sufrido en carne propia la relocalización. Conuerdan con los *q'aqchas* en denunciar el desastre de Comibol. Muchos de mis interlocutores lamentan también la evolución de algunas cooperativas quienes al abrirse a socios capitalistas y al sistema de *joint venture* desplazaron al esfuerzo laboral y crearon nuevas jerarquías. La crítica de las evoluciones actuales se plasmó en la nostalgia que despertaron las fotos del Cerro Rico, entero, con su cumbre en forma de cono perfecto, tal como lo presencié Gerstmann. Hoy la cumbre se derrumbó por la explotación de una empresa multinacional. El hundimiento refleja las últimas décadas de productivismo, donde las perforadoras de los cooperativistas competían con las palas mecánicas de las multinacionales para sacar todo lo que se puede, en bruto, desde adentro y afuera, ya que la tecnología actual permite sacar provecho de concentraciones mínimas de metal. En cambio, las fotografías de Gerstmann atestiguarían de un tiempo cuando la mina era una herencia que se cuidaba para transmitirla de generación en generación, no sólo una etapa inmediatamente rentable.

Más allá de su eco en las trayectorias individuales, la nostalgia que producen las fotos de Gerstmann encuentra esta manera tan particular (alimentada por las políticas patrimoniales de sus autoridades) que tienen los potosinos de sentir el pasado. Pensar que era mejor antes, cuando uno era joven, no es propio de los mineros bolivianos. En Potosí, la narrativa colonial de un incesante proceso de expropiación de los nativos de sus riquezas naturales confunde el pasado, cualquiera sea, con un fantaseado El Dorado primordial, en el que las poblaciones de Bolivia manejaban sus recursos. Las cooperativas son hoy las primeras en querer unirse a capitales internacionales. Pero la debacle económica generada por el neoliberalismo que llevó consigo a la Comibol ha dejado huellas y un gran escepticismo sobre la capacidad del gobierno actual de llevar a cabo sus proyectos de industrialización. “Yo tengo 75 años, y en estos 75 años no ha habido cambio para Potosí” exclama Alberto Albis, un ex-trabajador de la Comibol, al ver las fotos: “Ningún gobierno ha tenido autoridad para hacer algo para Potosí que tanto ha dado, no solamente a Bolivia, sino a todo el mundo”. Persiste así la idea que existiera una especie de incapacidad congénita de los bolivianos de hacer caminar las cosas bien o de valorar lo que se tiene. Esta se traduce por una mirada ambigua sobre los antiguos patrones del Cerro, quienes se enriquecieron a costa de la riqueza nacional pero, por lo menos, lo supieron hacer bien; o sea, en boca de los mineros, de manera racional y disciplinada.

## Recordar a los patrones

La memoria de los patrones es, junto con la organización del trabajo y la tecnología que le son ligadas, un punto de divergencia entre los ex-obreros de la CMUCP y los *q'aqchas*. Para estos últimos, el patrón, como luego el Estado, es un competidor y más, un depredador. Es quien establece dónde los *q'aqchas* pueden trabajar y dónde no, también el valor de su producción (hasta los años 85 y el fin del monopolio estatal sobre la comercialización de minerales). En la época de Gerstmann, el robo de mineral era una fuente importante de ingresos. Trabajar furtivamente en lugares prohibidos, sacar mineral a escondidas<sup>10</sup> (o con la complicidad) de los serenos para venderlo a un rescate o al patrón de la mina de al lado a mejor precio: los testimonios de los *q'aqchas* reflejan su constante resistencia a la propiedad minera. En eso son los fieles descendientes de los *kajchas*<sup>11</sup> coloniales que explotaban ilegalmente las minas de los españoles durante el receso de los fines de semana, hasta transformarse en trabajadores a participación. Para quién sabe de



María Oyola.

<sup>10</sup> *Chiquear* en el vocabulario minero, o sea sacarse el *chico* o el *buché*, esta parte de la producción que, a sus ojos, pertenecía legítimamente al trabajador.

<sup>11</sup> *Kajchas* es la grafía comúnmente utilizada por los historiadores de la época colonial.

mineral, el Cerro Rico con sus decenas de bocaminas y sectores abandonados es como un banco sin cerradura. Cuando la producción de su marido no bastaba para llenar la olla, Doña María Oyola subía corriendo a ocultar a los desmontes del Cerro. A la hora de la cena, ya había vendido su mineral y cocinado, sin que su esposo se percatara que comía del trabajo de su mujer. Hasta los niños pirateaban: en menos de una tarde Mercedes Churata, con sus apenas ocho años, junto a su hermanito menor, habían reemplazado los diez bolivianos perdidos que su padre les había confiado para hacer compras. Frente a la inmensidad del terreno y de sus múltiples ramificaciones subterráneas, los defensas (la policía minera de cada empresa) eran impotentes para controlarlo todo. Los hombres ocultaban el metal robado en sus fajas, las mujeres en la ropa de sus bebés cargados en *agua-yo*. T'ikita, Yuraq uyita, Imillita, Cascabelito: María Oyola se recuerda todavía el nombre de cada uno de los perros de los serenos a los que les tiraba pancito para que no la delaten mientras, de niña, explotaba clandestinamente los desmontes del Cerro. Según María, como verdaderos empleados del patrón, esos perros tenían derecho a su propia pulpería. Los trabajadores regulares arriesgaban su despido, los clandestinos el secuestro de sus minerales y herramientas. Al parecer la apuesta valía la pena. De hecho, poder vender su mineral a quienes querían (o sea beneficiarse de mejores precios y poder encubrir los robos) fue, antes de la expulsión de los patrones y el adueñarse de las minas, el principal motivo de fundación de los sindicatos de *q'aqchas* que luego se transformarían en cooperativas. El juego de escondidas perduró con la Comibol hasta los años 2000, cuando las cooperativas adquirieron la casi totalidad de las concesiones del Cerro. Con su lema “el mineral para quien lo produce” a costa suya, no sorprende que los *q'aqchas* jóvenes y viejos consideren a los patrones como parásitos, explotadores, que viven del trabajo ajeno nombrándolos inclusive esclavistas. Varios de mis interlocutores calificaron de “españoles” a los patrones republicanos, como protagonistas de una misma explotación colonial. A pesar de que yo volvía a aclarar las fechas de las tomas, algunos insistían en ver en las tomas imágenes de la *mit'a* virreinal: “Este es de la época de la fundación de Potosí” aseguraba un ex-comibolista, “Con la revolución [del 1952], nos hemos liberado del yugo español” confirmaba otro.

El discurso de los *q'aqchas* me era familiar. Me sorprendió más escuchar a los ex-obreros tan poco virulentos con los patrones, sabiendo que ellos habían sido el motor de la revolución de 1952 y de la nacionalización de las minas. Es cierto que la movilización de abril no tuvo en Potosí la fuerza que conoció en La Paz y en los campamentos del norte de Potosí (a diferencia de la guerra civil de 1949 que sí fue fuerte en Potosí). Tampoco ninguno de mis interlocutores fue un actor de primer plano de la revolución. Ellos asistieron, con expectativa, a los acontecimientos de abril de 1952, pero no eran militantes. De hecho fue bastante complicado apelar a su memoria para reconstruir los hechos desde la mina. Aludían de manera evasiva a algunos días de paro después de los cuales el trabajo se retomó con normalidad. Los recuerdos de la nacionalización de octubre eran aún más lacónicos: un día los administradores gringos desaparecieron, los trabajadores recibieron una carta de despido, sus indemnizaciones, y fueron reenganchados por Comibol. ¿Hubo alegría? Sí, dicen. Algo de preocupación también, pensando en cómo le iría a la recién nacida empresa del Estado.

Abatidos por el desastre de la Comibol y las decepciones de la revolución, mis interlocutores contrastaron la mala gestión y la corrupción de la empresa estatal con la seriedad de la administración de Hochschild y del personal técnico extranjero. Rescataban igualmente la tecnología de punta de la empresa de Hochschild, comparandola con la falta de inversión de la empresa estatal. “Nada cambió”

fue un comentario frecuente de los ex-comibolistas al comprobar que habían operado, varias décadas después, la maquinaria fotografiada por Gerstmann. Las especulaciones sobre la fabricación, en el ingenio Tainton, de la bomba atómica que destruyó a Hiroshima exaltaban un pasado nunca igualado,<sup>12</sup> un pasado que propulsó a Bolivia en el concierto de las naciones industriales; además de relatar el aura algo misteriosa y toda poderosa del maquinismo entre una población que no contaba ni con luz eléctrica. Pero es sin duda la institución de la pulpería (que compensaba sueldos al parecer bajos) la que se erigió como el termómetro absoluto de las relaciones entre obreros y empresa y de sus transformaciones. Tengo que admitir que, al principio, me frustraba escuchar a mis interlocutores evaluar la nacionalización por el número de artículos subvencionados que los trabajadores podían adquirir a buen precio en la pulpería de la empresa: 33 con Hochschild, 4 con la Comibol. Mi interpretación del 52 y el proyecto soberanista del gobierno actual me hacían esperar expresiones más claras de nacionalismo. Sin embargo, asumí con el tiempo que era desubicado juzgar la experiencia de mis interlocutores a través de mis cómodos preconceptos políticos (un buen obrero es revolucionario) obviando la vivencia de los años 1940 y el trauma de la relocalización. “No teníamos casa, ni nada... Me estoy acordando de mis tíos, de mis papás, pobres... pobre toda una vida era el minero. Trabaje que trabaje, pobre” recuerda Donata Fajardo. Escuchar a los *q’aqchas* –quienes en su mayoría nunca contaron con pulpería, ni beneficios sociales, ni casa, ni aun ingresos seguros– hablar de la miseria de esos años me permitió entender lo que pudo representar tener jornal y comida asegurados, así como acceder a bienes de importación como conservas, zapatos manufacturados, relojes, telas o licores y cigarros. No hay que olvidar que para algunos obreros, la mina representó también un escape de la hacienda y de sus obligaciones serviles. De esta manera, la mayor parte de los comentarios de los ex-obreros desdibujaban la figura de un patrón (Soux o Hochschild) lejano pero eficaz y benevolente. Un patrón que sabía recompensar el empeño de sus obreros gracias a un sistema de aumentos personalizados, independientes de una escala salarial. “El trabajador que rendía era bien estimado, le pagaban mas y a la gente que era floja, remolona, cada tres meses había reajuste de personal. Les retiraban obligado y la gente que éramos trabajadores disciplinados nos quedaba y todavía nos daba mayor ganancia sin necesidad de decir que quiero aumento salarial, sin necesidad de hacer huelga, nada” comenta Jorge Tanus. “Era bien este sistema porque incentivaba, hacia que el trabajador trabaje más, sin mucho control...” confirma Víctor Salas.

En las entrevistas que tuvieron lugar en la época del Carnaval 2014, el recuerdo de la *t’inka*, el presente (confites, bebida, hasta plata) que entregaba la administración a los obreros en estas fechas, resurgía con mucha nostalgia. Al igual que la pulpería y los aumentos individuales, la *t’inka* refleja una relación obrero-patronal enmarcada en la beneficencia, el reconocimiento personalizado, tanto como por los sueldos y las condiciones de trabajo. Algo que recuerda la carga afectiva característica del paternalismo patronal que, en Bolivia, sigue siendo parte de las relaciones de producción.

Luis Soux cuidaba su imagen de benefactor. Algunos lo recuerdan ya viejito (aunque probablemente se trate de su hijo Eduardo ya que Luis Soux murió en 1939), distribuyendo moneditas y cumplidos a los hijos de sus trabajadores.<sup>13</sup> Era un patrón presente, permaneció hasta el final en su casona de la calle Nogales de Potosí junto a su familia. Por sus cortinas entreabiertas, los curiosos lograban entrever “cómo vivían los ricos” y comprobar la materialidad de las jerarquías sociales.<sup>14</sup> Frente al precario cotidiano de los trabajadores, la sola vista de mesas, sillas y cortinas era lujo, y el lujo tenía algo sobrenatural, casi diabólico. Al menos

---

12 Ver comentario de Luis Veizaga Ortiz a la fotografía Caja 11, B 983, Machacamarca, 1925.

13 Ver comentario de Julia Flores Blas a la fotografía Caja 8, B 731, Potosí, 1925.

14 Ver comentario de Cleddy León a la fotografía Caja 11, B 1046, Machacamarca, 1925.

eso parece haber pensado la vendedora de pastillas que sorprendió a los meseros sirviendo a huéspedes fantasmas en la inmensa sala de recepción.<sup>15</sup> En cambio, Hochschild residía afuera del país. Recogí sólo dos testimonios de sus pocas visitas relámpago a las minas.<sup>16</sup> Más numerosos son aquellos que relatan la frustración de no haber podido conocer, en carne y hueso, al patrón más famoso de Potosí. Un patrón para la salud del cual, durante sus estadías en la casa de campo de Tacatá, algunos trabajadores habían rezado de niños, frente al retrato que ornaba cada habitación. Se suele recordar la gerencia de Hochschild como más dura que aquella de Soux y que hubo más conflictos con los trabajadores. Sin embargo, existen pocos recuerdos de las tensiones, y la figura de Hochschild se encuentra generalmente subsumida por los beneficios de la pulpería. Los únicos comentarios que reflejan la imagen del patrón depredador difundida por los periódicos pro-obreros de la época (como *El Intransigente* de Potosí), fueron enunciados por *q'aqchas*. Cuando la señora Concepción Fajardo explica que en los años 1940 nadie quería saber de los gringos porque habían matado a Jesucristo, ella perpetúa el antisemitismo que soslayó el MNRismo de los años de la revolución. Es también entre los *q'aqchas* que escuché comentarios de la misma índole sobre los Soux, como la denuncia de la supuesta obligación para las mujeres de los obreros de amamantar a los hijos del patrón.<sup>17</sup> Pero la máxima expresión de la depredación patronal se ubica en la creencia según la cual Hochschild provocaba accidentes para ofrecer la vida de sus mineros al diablo.<sup>18</sup> Hoy sin embargo, los nombres de Soux y de Hochschild ya no resuenan para las generaciones nacidas después de 1950. En la memoria popular, Simón Patiño a quien se atribuye la propiedad del Cerro (aunque nunca ha tenido minas allí), se ha vuelto la figura arquetípica del patrón en Potosí. Otras veces, la expresión *PatiñoHochschildaramayo* viene a nombrar, como un solo hombre, a los tres “barones del estaño”.

Los administradores, gerentes, intendentes e ingenieros eran quienes encarnaban al patrón en su ausencia. Tanto en la época de Soux como en la de Hochschild, los jefes gringos (o sea extranjeros) representaban el primer encuentro con el mundo no andino. Observar su apariencia, sus modales, su manera de vivir, abría una ventana hacia un más allá exótico en ausencia de revista y de televisión. La pulpería con sus bienes importados completaba el cuadro, introduciendo nuevos hábitos de consumo que participaban en la construcción de una identidad obrera. Incluyendo la moda de dar a sus hijos nombres extranjeros, como Cleide<sup>19</sup> cuyo padre homenajeó de esta manera a un ingeniero gringo. No todos los extranjeros hablaban bien el español. Algunos de mis interlocutores afirman que el inglés, por lo menos para algunas órdenes simples, ha sido usado como lengua franca entre los obreros y los ingenieros recién llegados. El quechua permitía a los trabajadores manejar algún espacio de expresión libre desde donde gestar pequeñas rebeliones, como poner apodos desagradables a algunos técnicos extranjeros. Pero de manera general, el personal de afuera, sobre todo los empleados de Europa (alemanes, polacos, etc.) y de Norteamérica (los había también de Chile, México y Perú), tampoco dejó malos recuerdos a los ex-obreros. Participaban de este saber hacer nunca igualado que sus ex-trabajadores atribuyen a la CMUCP: “Ellos [los técnicos extranjeros] dominaban el asunto de las vetas. El americano sabía, entraba a la mina, agarraba la máquina ¡impresionante! El boliviano nada, se ponía los guantes y listo, al personal ordenaba, eran empíricos y no tenían buena orientación”. Es también posible que el desarrollo del sindicalismo y de las leyes laborales en estos países ya hubiera imprimido entre “los gringos” ciertas reglas de relación con los obreros. Finalmente, es el eslabón más bajo de la administración –los empleados locales que controlaban a los trabajadores sin tener la capacidad de recompensarles, entre ellos los capataces (laboreros y capitanes)–,

15 Ver comentarios de Donata Fajardo y Mery Garnica a la foto Álbum 4, 110-2, Potosí, 1936

16 Ver comentario de Constantino Carrasco a la fotografía Caja 8, B 722, Potosí, 1925.

17 Ver comentario de Mery Garnica a la fotografía Álbum 4, 110-2, Potosí, 1936.

18 Ver comentario de David Cruz a la fotografía Caja 8, B 690, Potosí, 1925.

19 Ver comentario de Cleddy León a la foto Álbum 4, 94-1, Potosí.

el que es el blanco de las críticas. Al menos en las minas de provincia, y probablemente en algunos sectores del Cerro Rico, sobrevivían los castigos corporales, las servidumbres (inclusive domésticas para las mujeres), y una organización marcial del trabajo. De repente, el látigo del capataz reincorporaba a los trabajadores al ritmo del capitalismo.<sup>20</sup> Los serenos pertenecen por supuesto también a esta categoría. Algunos tenían fama de matones –como el temible chileno Luis Gayán Contador, compañero de Paz Estenssoro durante la guerra del Chaco y luego jefe de la represión del MNR.<sup>21</sup> Otros pagaron con su vida la caza de ladrones para el patrón. María Oyola se acuerda todavía cuando unos mineros ahorcaron, por los años 1940, al sereno que les pilló con mineral robado.

Si bien en Potosí la nacionalización de las minas no parece ser (o ha dejado de ser) un mito fundador de la identidad minera, dejó huellas que la trascienden como evento. La observación de las fotos de Gerstmann trajo a la memoria un tiempo donde las jerarquías sociales y económicas eran mucho más fuertes e infranqueables que ahora para los trabajadores mineros. Doña Mercedes Churata que ha trabajado, con orgullo, durante años en explotaciones a cielo abierto, sabe muy bien que el oficio implica agacharse y vestir ropa usada. Sin embargo, ella eligió interpretar la postura de los trabajadores en deslame<sup>22</sup> como la expresión encarnada de una dominación y explotación hoy impensables, no como un gesto profesional. “Esta foto no me gusta. Mira esos pobres cómo trabajaban, agachados... Así era la minería, pobre nomás era, una pena. Mira su vestimenta, ahora esta vestimenta ya no hay. Nos vestimos bien. Ha cambiado la vida... mucho ha cambiado,” los comentarios de doña Mercedes apuntan menos a describir las fotos que a caracterizar las décadas que las separan de ella y el proceso de ascensión social permitido por la revolución. El pre-1952 era una sociedad de orden donde “teníamos miedo hasta al papá”, analiza Constantino Carrasco, nacido en 1925, al explicar la dificultad de imaginar la ruptura del orden patronal: “Esas veces no éramos tan despiertos los trabajadores, ni la gente misma, ni los mayores, había un hermetismo tremendo. Nos miraban mal, escapábamos. Eso ha sido un factor también para no estar bien compenetrados de todo lo que había. Nos contentábamos con salir de nuestro trabajo con nuestra tarjeta pagada, nuestra pulpería...”<sup>23</sup>. Hoy, doña Mercedes, que tuvo que abandonar la escuela antes de aprender a leer y escribir para buscarse la vida en el Cerro, tiene un negocio de abarrotes, una casa donde organizar grandes fiestas y se da el gusto de hacerse coser lindas polleras y blusas. Muchos hijos de mineros, como los de Mercedes, son profesionales. A modo de una revancha social, varios ejercen como ingenieros mineros.

### Verse en las fotos de Gerstmann

En las fotografías, los ojos aguerridos de mis interlocutores aislaban detalles significativos, invisibles para mis ojos y sospecho que para los de Gerstmann también. Los comentarios sobre la presencia de *t'antas wawas* [figuras de pan] anunciadoras de las festividades de Todos Santos en el estante de una comidera, una viuda de minero reconocible por su ropa negra, la postura de un perforista que indica la presencia de una roca más dura que de costumbre, el origen de un llamero identificado por su traje étnico, reflejan cómo las fotografías son leídas desde el universo de sentido que organiza la mirada cotidiana de mis interlocutores. No funcionaron con ellos los trucos del fotógrafo para contornar las dificultades de las cámaras antiguas de obtener instantáneas en el interior mina. Perforistas demasiado limpios, barrenos apuntando a lugares no mineralizados o llenos de cristales de copajira (lo que indica un paraje abandonado): todos estos índices les revelaban inmediatamente que estaban presenciando puestas en escena donde

---

20 Ver comentario de Víctor Alcaraz a la foto A2-291, Oruro, 1936.

21 “Entre los chilenos vino el tal Luis Gayán Contador, era jefe de serenos, en la empresa [Unificada]. Era un matón tremendo, a cualquiera le agarraba, ahí de su mano sabía salir uno así como chorizo de goma... Salía con eso, le sonaba a su cabeza, lo hacía atontar. A todos, al que le miraba mal, al que no le saludaba, o le recriminaba. Hasta el prefecto lo hacía temblar cuando bajaba con sus serenos, a los de la policía les arrinconaba. Él controlaba todo, los *jukus* [ladrones de metal], todo. Su grupo eran serenos especialistas, andaban con mulos, con caballos. Bajaban aquí a la ciudad y hacían temblar a la gente. Y el tiempo pasa, unos 25, 30 años y entra a trabajar en la policía boliviana. Hasta el final este ha sido guardaespaldas de los presidentes en Bolivia el Luis Gayán Contador...”, Entrevista a Constantino Carrasco.

22 Ver comentario de la fotografía Álbum 4, 49-2, Potosí, 1936.

23 Al mismo tiempo, cuando le pregunté qué le hubiera dicho a Hochschild si se hubiera animado a tomar la palabra en una de sus visitas a la mina, don Constantino responde que le hubiera felicitado por la marcha de su empresa y su pulpería.

los trabajadores posaban para la cámara. Los desafíos técnicos de Gerstmann que me emocionan tanto, su maestría de la luz que da vida al cuerpo de los mineros fotografiados, sus claroscuros que plasman la inquietante infinidad de los socavones mineros, no les provocaba nada. En cambio, añadieron a las imágenes una dimensión emocional y sentimental única, propia de un sentimiento de reconocimiento donde la historia de la minería se confunde con la memoria personal y familiar.

### Los atuendos de la identificación

Mirar las fotografías de Gerstmann hizo surgir entre los mineros antiguos la nostalgia de un entre-sí donde todos eran “conocidos”. El Potosí de su juventud era algo más poblado que aquel que conoció Gerstmann pero seguía siendo una ciudad chica. Contaba apenas 20.000 almas a principios del siglo XX y casi 80.000 en los años 1950 (no existe censo intermedio contemporáneo de las fotos). Hoy, la densidad se duplicó para llegar a más de 170.000 habitantes (Censo de 2011).

En el tiempo de Gerstmann, no sólo “todos eran conocidos” (un decir que tenía algo de verdad en los círculos donde se manejaban los mineros) sino que todos se reconocían. Aún más que la tecnología, la vestimenta fue uno de los primeros temas de interés de mis interlocutores. A diferencia de la primera, informa visiblemente el trascurso del tiempo. Al ser en Bolivia un potente indicador y clasificador de los orígenes, permite también medir la distancia o la filiación social entre observadores y observados. Con sólo ver cómo vestían las personas fotografiadas, mis interlocutores declaraban su procedencia y su posición en el proceso de producción. Lo hicieron también algunos autores de este libro. Pero a diferencia de ellos, el “quién es quién” de los mineros se organizaba entorno a un “nosotros”: “así vestía mi papá”, “así vestía mi mamá”.

Sea por el azar de los encuentros, sea porque ya en los años 1930 y 1940 las políticas empresariales habían logrado estabilizar una parte importante de la mano de obra<sup>24</sup> o porque los hijos de los campesinos tuvieron otro destino que la mina, la mayor parte de mis interlocutores nacidos antes de los años 1950, incluyendo a los *q'aqchas* pero a diferencia de los cooperativistas de hoy, se identificaron como descendientes de los mineros vestidos a la usanza urbana. Los zapatos (y no abarcas), el terno (sin corbata), ciertos sombreros o las cachuchas, componían un vestir profesional típicamente obrero. La ropa manufacturada atestigua la inmersión en el mundo del consumo urbano. Existe así una correspondencia interpretada visualmente entre los trabajadores estables, especializados y la separación con el mundo rural. La ropa femenina tampoco escapaba a la mirada sagaz de mis interlocutoras que distinguían las polleras de bayeta y los aguayos tejidos de las mujeres de origen campesino de las telas de las *cholas* urbanas.<sup>25</sup>

Los campesinos, “indiecitos” dicen los mineros, sirven de contrapunto para exaltar la pertenencia de mis interlocutores a una genuina cultura minera, sinónimo de urbanidad y de civilización. Cuando el gobierno de Evo Morales empezó a promover la identidad étnica, basándola en el uso de una lengua nativa y los lazos con el mundo campesino, muchos *q'aqchas* se preguntaron si ellos eran también indígenas. Hoy se enfrió el entusiasmo y los mineros de Potosí volvieron a su auto-identificación de mestizos (o sea *cholos*): un trabajador manual urbano popular a la vez distinto de los campesinos indígenas, de la burguesía tradicional (de los señores llamados *wiraqochas* y corbatudos) percibida como blanca, pero también de los empleados de oficina y por supuesto de los ingenieros gringos. Con sus botas altas y su chamarra de cuero, los auto-retratos de Gerstmann fueron siempre identificados como los de un ingeniero minero más. Es probable que los mineros que vieron al fotógrafo alemán en persona hayan deducido lo mismo.



Constantino Carrasco.

24 Ver Robert L. Smale, *Above and below. Peasants and Miners in Oruro and Northern Potosí, Bolivia (1899- 1929)*, PhD. Dissertation, University of Texas, Austin, 2005, y Manuel Contreras, “La mano de obra en la minería estañífera de principios de siglo, 1900-1925”, *Historia y Cultura* 8, 1985.

25 La mayor parte de las personas que revisitan prendas que denotan un pasado campesino (abarcas, chalecos de traje étnico, polleras de bayeta, etc.) se observa en los ingenios o en los andariveles. Estos cargos pocos calificados eran ocupados por principiantes o eventuales sin relación estable con la empresa. Aparte de los llameros, en las fotografías se ven muy pocas personas con prendas étnicas (o sea propias de una zona rural particular) que no sean combinadas con elementos urbanos.

Hoy las gorras publicitarias y los deportivos confunden mineros campesinos y urbanos en la mina. Al parecer esto no es del gusto de todos mis interlocutores. “Otra clase eran mineros. Caballeros los mineros, con chamarras de cuero. Mi papá [laborero], caballero de corbata, con su periódico. Ese de hoy, ¿qué minero es pues? No quiero verles a estos mineros, qué cosas son pues, con gorrita, con chamarrita...” exclamaba, algo enojada, doña Donata Fajardo al reconocer rasgos de su difunto marido en un trabajador de terno: “Así vestía mi marido. Esos eran los verdaderos mineros”. “Era más correcto” dice don Víctor observando que todas las *palliris* fotografiadas vestían pollera y no pantalones o faldas como muchas jóvenes de hoy. “Hoy de toda *laya* [clase] han entrado a trabajar” sigue, “ahora hasta hippies están entrando con sus aretes, inclusive con su vestimenta como *q’ewas* [homosexuales]. De lo que han subido el mineral”. Atrás del recuerdo de una sociedad de orden, que visibilizaba sus estratos, se perfila la nostalgia de un entre sí que la creciente migración campesina hace percibir como en vía de extinción. La desaparición de la indumentaria minera aparece como sintomática del desvanecimiento de una cultura minera que se consideraba claramente distinta de la campesina. “Mi marido siempre andaba con periódico” decía Donata, haciendo del diario el símbolo de esta ruptura profesional y civilizatoria con el mundo rural, y de la percepción del trabajo minero como un oficio especializado, con su saber hacer y su modo de vida.

“Este es el verdadero minero” proclamaban también mis interlocutores al observar los trabajadores a pulso con sus protecciones de cuero; como si la vestimenta fuera, con la ausencia de mecanización, el signo más genuino de la identidad profesional. Los *polq’os* (mocasines de cuero), las pretinas (culeras), los *teq’enas* (rodilleras y coderas) y los *q’olitos* (sombros sin alas) usados interior mina hablan de un tiempo cuando la tela y la ropa manufacturada incluso usadas, eran más valiosas que el cuero. El placer de mis interlocutores cuando pronunciaban en quechua el nombre de estas prendas era evidente. Al igual que las tantas otras palabras vernáculas que los trabajadores gustan emplear para volver más “reales” sus testimonios, la palabra exacta atestigua su pertenencia a la categoría de verdadero minero. Hoy, los *polq’os*, los *q’olitos* y las *teqenas* revisten la estatua del monumento al *mitayo* de Potosí alimentando la confusión entre el principio del siglo XX y la colonia. Son también usadas a lo largo del país como traje folklórico por las comparsas de bailarines llamados “mineritos”. En ausencia de otros referentes visuales, estas estatuas y vestimentas de baile actúan como un potente filtro interpretativo frente a los perforistas a mano fotografiados por Gerstmann.

El entre-sí visibilizado por la ropa desdibujaba también las fronteras de las alianzas matrimoniales. “Si voy a tener un hijo que sea para el capataz o el carrero” proclama una especie de refrán minero. En la época de Gerstmann, la mano de obra femenina era numerosa. La mina, donde pasaban la mayor parte de sus días, era un lugar de encuentro para los jóvenes solteros. Según Víctor Alcaraz<sup>26</sup> el capataz y el carrero que podían escoger a qué mujeres dar el mejor mineral, el más fácil de seleccionar, tenían todas las de ganar. Para un *q’aqcha*, aliarse una esposa que sabe de estaño permitía contar con un par de brazos más. Lo propio para las *palliris* de los desmontes que llevaban a sus novios a sus parajes. Culminada la guerra del Chaco, cuando la mano de obra femenina ya no era tan imprescindible, el modelo de la “ama de casa” inspirado en las clases superiores pudo asentarse entre los mineros. Sin embargo, el lazo entre las mujeres y la mina no se rompía con el matrimonio. Ellas llevaban la comida a la mina, ayudaban a sus maridos *q’aqchas* a trabajar (o robar), participaban de las fiestas. Algunas incluso se negaban a dejar la mina o seguían trabajando a escondite para mejorar el cotidiano. Pero sobre todo, engendraban mineros. Para las muchas mujeres que quedaban solas, la viudez marcaba el final del paréntesis de la vida de hogar y el regreso a la mina.

---

26 Ver comentario de la fotografía Caja 11, B 924, Oruro, 1925.

“¿Y qué tal si tuvieras un hijo para el gringo?”. Al ver a las comideras reírse a carcajadas al mirar al lente de Gerstmann, don Víctor Alcaraz<sup>27</sup> supuso que eso había sido el chiste. Más que un verdadero anhelo, imaginar niños nacidos de gringos e “indias” sirve para medir la distancia ambivalente entre los unos y los otros. A pesar de pertenecer a mundos sociales tan distintos, eran hombres y mujeres los que se encontraban en la mina. Pudo haber juegos de seducción, inclusive se dice que nacieron hijos, pero no desembocaron en parejas binacionales. Las mujeres sabían muy bien que para los gringos enamorar con una *palliri* no podía ser más que una aventura exótica. “¿Quién pero se va a hacer caso a los gringos? No se puede, porque son gringos millonarios, nosotros ni bola damos a estas cosas” confirma Mercedes Churata. “Tiene que ser de tu raza, no gerente, ellos están bien estudiados, bien ‘nados’ están, y la mujer para un ratito nomás ellos quieren. Yo, en la mina Pailaviri conocí mi marido. ‘Hola’ me decía, ‘Al diablo’ le decía yo. Siempre me perseguía y ya está, nos casamos. Antes no se enamoraba. Ahora buscan, ahora es lindo enamorarse. Antes, nada. Casarse nomás, con minero. *Pallira, minerowan puni, palliri con minero, siempre*”.<sup>28</sup>



Eliana Garnica y Concepción Fajardo.

### Presenciar lo muerto

“¿Dónde estarán ahora toda esta gente?”, “ya no debe existir” fue con seguridad el comentario más compartido entre mis interlocutores. Muchos se esmeraron en reconocer entre los sujetos hoy muertos de Gerstmann los rasgos familiares de sus propios difuntos, la figura de aquél que hubiera podido ser una madre, un padre, un abuelo. Intentaban singularizar a aquellos que para ojos ajenos “sólo” serían un minero o una *palliri*, representantes anónimos de su clase y de su época. En un medio donde los hombres suelen dejar este mundo de manera prematura, las mujeres que terminan criando solas a los niños, ocupan un lugar central en los afectos y los recuerdos familiares. “Quizás mi abuelita está en allí” decían, mientras buscaban el detalle –una manera particular de atar sus trenzas o de portar el chaleco– que confirmaría la presencia del ser querido frente al lente.

El uso memorial de las fotografías de Gerstmann funciona a través de una apropiación individual que puede tener que ver con la poca difusión de fotografías en la época de su estadía en Bolivia. La mirada de los mineros sobre los años 1930 y 1940 no se nutre de imágenes emblemáticas –como podrá ser, luego, la espantosa visión del colgamiento del presidente Villarroel en 1946– que orienten su interpretación. Eso quizás contribuya a que los recuerdos suscitados por la observación del álbum sean más personales y menos expresivos de una memoria social minera.

Hace unos veinte años, cuando llegué por primera vez a Potosí, los retratos fotográficos, atributos de la élite, eran todavía escasos en los hogares mineros. De hecho, muy pocos mineros poseen imágenes familiares que se remonten más allá de los años 1960. Por lo cual, son escasos también los que pudieron contemplar el rostro joven de sus padres, a excepción quizás de la tradicional foto de matrimonio tomada en estudio y repintada. Inclusive, no todos tenían carné de identidad en este entonces, o libreta militar.<sup>29</sup> Alguna vez, una foto borrosa tomada por mí ha sido el único retrato disponible para presenciar un difunto en su ataúd. Hoy se acabó el tiempo donde sólo los fotógrafos que ofrecían sus servicios para las fiestas y en las plazas de las ciudades poseían una cámara. Gracias a los teléfonos celulares, la fotografía se ha democratizado, volviéndose también entre los mineros, el testigo ineludible de todos los eventos sociales. Frente a la carencia de algo hoy considerado necesario, las fotografías de Gerstmann funcionan entonces como un álbum público que mis interlocutores se apropiaron

27 Ver comentario de la fotografía Álbum 4, 41-4, Potosí, 1936.

28 Tampoco los obreros peruanos y chilenos parecen haber echado raíces en Potosí. No dejaron mucha huella en la memoria popular aparte de algunas recomendaciones hechas a las jóvenes: “Nos decían: ‘Los peruanos grave son fregados. No hay que andar de noche’. No querían largar a las chicas...”.

29 Las libretas de desmovilización de la guerra del Chaco venían con fotos.

individualmente reconstruyendo, de esta manera, algo de su patrimonio familiar, la ilusión de contemplar los rostros de sus seres queridos. “Así ha debido de ser mi abuela” decían mis interlocutores mineros al tiempo de recobrar algo de su historia familiar. En sus ojos, el minero anónimo, expresión universal de su clase, se volvía singular, creador de nuevos recuerdos íntimos, dando materia fantasmagórica a “recuerdos ficcionales”<sup>30</sup> que, en todo caso, nunca antes habían sido visuales.

## Reconocerse en el pasado

Esta co-presencia que opera la fotografía, al llevar a los vivos al universo de sus difuntos al mismo tiempo que hace presentes los muertos familiares, despertaba mucha nostalgia. Este sentimiento encontraba un eco particular entre los mineros más antiguos. Ellos no habían presenciado el momento exacto en el cual Gerstmann disparó su cámara, pero la época que registró había sido suya. De repente, ya no eran los abuelos de principio de siglo a quienes contemplaban, sino a ellos mismos, a lo que eran antes, al paso del tiempo que se llevó su juventud. “Este yo parezco, con trenzas grandes [el atuendo de la juventud femenina], mi sombrero blanco, con cintas blancas... Pero ¿dónde está ahora esta fuerza?” se preguntaba Donata al observar las *palliris*. Por su rudeza, el mismo trabajo minero es sinónimo de juventud. Para mis interlocutores de más edad, las fotos de Gerstmann se volvían entonces testigos de esta etapa primordial donde se organizó gran parte de lo que fue su vida. “Así eran mis trenzas gruesas” (como aquellas de la *palliri* fotografiada por Gerstmann), recuerda con tristeza María Oyola, “ahora mi cabeza todo gris, ya no estoy ni para el perro...”.

Al comentar las fotos, recordaban sus primeros encuentros con el trabajo minero, a muy temprana edad, muchas veces desde los 6 o 7 años. Colgarse del andarivel, ganarse un pan a cambio de llevar el almuerzo...: para los niños, el Cerro solía ser un campo de juego antes de convertirse en un trabajo. Luego, acompañar a sus padres en el trabajo, primero a su madre en la cancha mina, marcaba el primer paso hacia el mundo adulto. Los primeros pesos ganados también para ayudar a su familia, comprar ropa (su primera pollera para las mujercitas) o cuadernos. Al ver las fotos, los mineros antiguos se admiraban *a posteriori* de lo difícil que era su trabajo: majar la peña a pulmón, cargar pesadas y poco prácticas máquinas perforadoras que seguían sacudiendo el cuerpo horas después de haberse apagado, maniobrar carros de varias toneladas que amenazaban a cada rato volcarse... En comparación, en la actualidad, “hasta el perro con su cola perfora” dice don Víctor Alcaraz.

“Tanto hemos sufrido”, “hemos peleado con el diablo”, decían mis interlocutores. Pocos no tenían un accidente que contar, todos recordaban haber visto a compañeros salir en pedazos del socavón. Más numerosos aún son los que han dejado sus pulmones en la mina. Los amigos partidos antes de tiempo eran siempre recordados con nombre y apellido en un último homenaje, un réquiem íntimo, que culminaba la co-presencia esbozada por el álbum. Una co-presencia que resucita a la vez los muertos y los duelos. Hubo llantos durante las entrevistas, muchos, más de lo que me esperaba. Las esposas recordaban por su parte la angustia que se apoderaba de sus mentes cuando el marido no llegaba en hora a casa: “¿Y si la desgracia me tocaba a mí esta vez?”. “No quiero ver estas fotos, no hagas ver” pedía Donata Fajardo mientras se esforzaba por mirar el álbum, “me da pena de mi marido. Quiero llorar. Así trabajaba mi marido”. Un esposo que murió aplastado hace más de 35 años dejándola sola, sin casa ni trabajo, con cinco hijos. La letanía de los muertos transforma a los vivos en supervivientes. En



Donata Fajardo.

---

30 Barthes, *La cámara*.

héroes también. El orgullo de quien ha arriesgado su vida cada día era palpable. Lo es también para los novatos que recién entran en la mina. En sus primeros tiempos de minero, Sergio Fidel<sup>31</sup> hasta había deseado que le ocurra un accidente, este bautizo de fuego que lo transformaría en protagonista verdadero de la guerra de los hombres con el Cerro.

A la vez la mina era un lugar familiar y querido donde uno se sentía más tranquilo y a gusto que en su propia casa. Concentrados en el avance del trabajo, “en la mina, se olvidan los problemas” dicen todos, hombres y mujeres, la plata que falta, las disputas hogareñas... El peligro y el sufrimiento compartidos tejen también lazos y solidaridades incomparables entre compañeros, amistades vitales particulares a la mina. Roland Barthes dice que “la foto repite mecánicamente lo que nunca más podrá repetirse existencialmente”.<sup>32</sup> No es del todo cierto si se considera que la experiencia es antes que nada una reformulación existencial del evento, o sea ya un recuerdo. Por lo cual, se transforma, pero nunca deja de repetirse. Por supuesto, la dureza del trabajo y la ausencia de medidas de seguridad ya no tienen el mismo impacto sobre mis interlocutores que en el momento en el que lo vivieron, en un contexto donde el riesgo era más tolerado. Sin embargo, me impresionó ver cómo la mirada de mis interlocutores actualizaba emociones, también sensaciones, ruidos, y el olor tan particular de la mina –la “respiración de los minerales” decía don Cleddy León– que, a la manera de la magdalena de Proust, les devolvía al pasado. Las fotografías suscitaban lo que James<sup>33</sup> inspirado por Walter Benjamín llama un momento himnico: el momento cuando la significación de una experiencia recordada se torna clara por primera vez, en un instante de reconocimiento fulgurante, suscitado “por imágenes que nunca vimos antes de recordarlas”. Pero las fotografías del pasado anunciaban también las próximas muertes, las que juntarán a los difuntos del presente con aquellos del pasado. Y de repente, la nostalgia de mis interlocutores mayores se encontraba invadida por el sentimiento de su propio partir.

### **¿Cuánto habrá pagado Gerstmann?**

Ver la cantidad de *palliris* fotografiadas por Gerstmann suscitó otro tipo de comentario, casi siempre de mujeres: ¿Cómo pudo un extranjero sacar estas fotos sin que se enojaran sus sujetos femeninos? Hasta hoy las mujeres mineras son bastante reacias a dejarse sacar fotos por desconocidos. El fotógrafo furtivo se expone a recibir una piedra en el lente. “¿Dónde me vas a llevar?”. La duda sobre dónde irá a parar hace eco a la creencia que su imagen (como la de los santos) incluye algo de la persona, relacionado con su sombra anímica, cuya suerte se encontraría a la merced de manos ajenas. ¿Acaso la fotografía no es un médium central de la magia y de los ritos de brujería?

Hoy, con el desarrollo del foto reportaje y del turismo, la idea de que el ser íntimo de la persona pueda estar enfrascado en una fotografía está cediendo lugar a la idea del valor mercantil de las imágenes exóticas. “¿Dónde me vas a ir a vender? ¿Cuánto ganarás con eso?”. El visible interés de los turistas extranjeros por sacar a *palliris* y mineros deja sospechar a los retratados que cada rastro suyo tiene un gran valor mercantil en el extranjero. “¡Con eso me hago la América!” se exclamaba un dirigente de los rentistas al descubrir el álbum. La foto aparece entonces como un avatar más de las riquezas de Bolivia que siempre han sido aprovechadas por los de afuera. “Mira, una extranjera que valora. ¿Y nosotros qué? ¿Qué tendremos que no nos valorizamos ni a nosotros mismos?”. Hoy, la asociación de *palliris* se ha propuesto manejar el negocio, exigiendo (con más o menos éxito) que el trato ya no sea individual y una compensación vertida

---

31 Ver comentario de la foto Caja 11, B 915, Oruro, 1925.

32 Barthes, *La cámara*, p. 29.

33 James, *Doña María*, p. 153.

al colectivo. “No sé como [Gerstmann] habrá hecho para sacar” concluye Julia Guanaco, dirigente de la asociación, “ha debido pagar. Porque hasta ahora hemos dicho: ¡no se puede sacar sin autorización de la asociación!”.

Esos comentaristas supusieron que las personas se dieron cuenta de que estaban siendo fotografiadas. Es cierto que hay miradas dirigidas al lente de Gerstmann, pero no sabemos exactamente qué es lo que vieron. El aspecto de Gerstmann era el de un ingeniero gringo, sus cámaras pudieron confundirse con un teodolito, un aparato más. Lo seguro es que los sujetos de Gerstmann no tenían mucha elección. El fotógrafo era un invitado del patrón, acompañado por los jefes. En las películas filmadas por el fotógrafo, se observa incluso que algún asistente exige a los sujetos fotografiados mirar a la cámara o hacer de cuenta que están trabajando. Traer un fotógrafo para retratar a los trabajadores formaba parte del proceso de apropiación de la mano de obra, en una época donde el derecho individual a la imagen no pertenecía ni a la ciencia ficción.

Cualquiera sea el sentido que se da a este poder, las fotografías vehiculizan algo del ser íntimo de las personas, tanto de los retratados como también de aquellos quienes al mirarlas recobran algo suyo, algo que quizás nunca habían tenido tan claro antes. Sentir la presencia de tantos difuntos en el álbum de Gerstmann recordó a don Cleddy León sus encuentros con esos compañeros muertos a quienes se escucha vagar en el silencio de los socavones. Los mineros dicen que los espíritus de los muertos habitan los parajes donde los accidentados son condenados a trabajar otra vida para el diablo. A modo de fotografías sonoras, sus pasos devuelven su existencia a los trabajadores actuales que suspenden un rato sus labores para libar a la pronta liberación de sus almas. De la misma manera, sólo cerrar el álbum permitía a los muertos regresar a su descanso. Pero la sensación de pérdida perduraba entre mis interlocutores. La fotografía agudiza la ausencia de los retratados, también de esta parte de nosotros que ya no está. Los sueños recurrentes que traen de vuelta a los jubilados a la mina, donde se ven reír y trabajar, así como el decaimiento que sigue el dejar el oficio, son interpretados como mensajes oníricos mandados por su ánimo, que quedó atrapado en la mina.<sup>34</sup> Por ello, al ver las fotografías de Gerstmann, la necesidad de regresar a la mina para recuperar esta parte de ellos y volver a ser de nuevo completos invadió a algunos de mis interlocutores. “Déjenme ir a la mina y me van a recoger” pide regularmente doña María a sus hijos, “llorando quiero ir... pero mis hijos no quieren. En mis sueños nomás estoy trabajando, cavando, haciendo, mineral estoy recogiendo... De repente la mina me está agarrando. Yo quiero ir y traérmelo mi espíritu...”. Al hacer del pasado un presente, el álbum de Gerstmann se abría también sobre el futuro. Doña Mercedes consideró que ella también merecía la inmortalidad del recuerdo que concede la fotografía, por eso emitió el deseo de que yo le saque un retrato como “verdadera” *palliri*: “Con mi ropa bien, con mi vestimenta de Potosí, mi pollera, mi sombrero porque soy potosina legítima. Me he de poner mis aretes grandes, mi collar, bien cholita, *pijchando* mi coca, agarrada de mi cigarro, así quiero que me saques. ‘Trabajadora de la mina’ me lo pones, ‘de *sucus* de Santa Rita, Potosí’.” Una última manera de apropiarse el álbum de Gerstmann, volviéndose uno de sus sujetos...



Mercedes Churata viuda de López  
Trabajadora de la mina  
Sucus, Santa Rita, Potosí  
2014.

34 De tanto convivir con ella y los diablos subterráneos, los mineros terminan haciendo cuerpo con la mina, lo que se traduce por la idea que ella acapara algo de su fuerza vital y animica. Absi, *Los ministros*.

Absi Pascale (2016)

100 años después... : los mineros de Potosí mirándose en Gerstmann. In : Absi Pascale (ed.), Pavez J. (ed.).

*Imágenes de la revolución industrial : Robert Gerstmann en las minas de Bolivia (1925-1936)*

La Paz : Plural, p. 364-378

ISBN 9789995416904